

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXV

Agosto de 1948

Núm. 278

Puntos de vista

La acción del alfabeto

EL Ministro de Educación, señor Armando Mallet, ha propiciado ante S. E. el Presidente de la República, una campaña en contra del analfabetismo nacional. La iniciativa encontró, como es obvio, la más amplia acogida y el valioso auspicio del Primer Mandatario, quien manifestó, en la reunión efectuada en La Moneda con el fin de coordinar los planes de la campaña, que «debemos incorporar a más de un millón de analfabetos a la vida activa del país».

La materia, como se ve, es de significativa importancia, pues representa un mal profundo de Chile, tan intenso como el de la mortalidad infantil, el alcoholismo y la tuberculosis. No es, sin embargo, el alfabeto la solución exclusiva para el elevar el promedio civilizado del país; se impone también la revisión de los abismos económicos que facilitan el ascenso cultural, por una parte, y lo hacen imposible por otra. El niño que ha nacido en la promiscuidad del conventillo, despierto a la actividad sexual en forma viciosa y prematura, debe incorporarse al oficio manual, generalmente, antes de los catorce años. Si ese niño alcanza la meta de una profesión liberal, sea trabajando de día y estudiando de noche, sea de cualquier otro modo heroico, debe ser un atleta, un fenómeno de resistencia física y moral. En cambio, el vástago de la pequeña o alta burguesía, disfruta de una educación sistemática, de un control médico para favorecer su proceso educativo

y de una tutela familiar que le permite alcanzar el bachillerato y luego la Universidad. Se produce, entonces, sin mayor esfuerzo y sin que sea necesario afirmarlo en forma enfática, una aristocracia entre la ciudadanía, que no se basa ya ni en los arcaicos abo- lengos y mayorazgos, sino lisa y llanamente, en el beneficio de la educación.

De esta apreciación, sobrarían, como es natural, las excepciones, esgrimidas por los teóricos de buena o de mala fe. y por la gente que abunda en Chile, cuya conducta social está regida por la prejuiciosa jactancia. El obrero que empezó lavando pisos y que después de trabajar de día y estudiar de noche, gracias a su contextura de privilegio que le permitió vencer a la muerte en su primera infancia, obtuvo una graduación secundaria y universitaria que le dió fama y dinero; el campesino que se inició en calidad de peón regador y llegó a ser patrón del mismo fundo que regaba y hasta dueño de las tierras colindantes, etc. Pero las excepciones no interesan a un estadista. Quien gobierna debe, a nuestro juicio, como el pastor bíblico, tratar de que todo el ganado esté gordo y luzca buena lana. Las excepciones producidas haciendo una trampa a los factores económicos que hemos descrito, destacan aún más el proceso negativo en lugar de resolverlo y no exhiben ningún índice que permita razonar con prudencia. Sería lo mismo que apreciar el esplendor de una raza por el exponente de sus atletas, esto es, por los individuos especializados en correr, saltar y lanzar una jabalina. Cuando el país que produce un hombre tan veloz como un caballo, puede albergar una raza desnutrida, al margen de las cédulas antropométricas mínimas exigidas a un ejército moderno, pongamos por caso. Nada se avanza tampoco con que la empleada doméstica haya estudiado hasta tercer año de humanidades si debe integrar el engranaje social, con su actividad de empleada doméstica, sin superarla tampoco logrando un plano de limpieza, eficiencia y dignidad. Tampoco es solución enviar al niño del suburbio en que vive a un palacio que lo eduque; desde la mugre a la limpieza. para regresar todos los días a la pro-

miscuidad moral y la suciedad física. Que la zona industrial de la gran urbe posea una escuela que oriente al futuro obrero especializado, facilitándole también el paso, si sus condiciones intelectivas así lo exigen, a la carrera universitaria. Y que el obrero campesino reciba los beneficios de una escuela agrícola, no sólo de trabajo manual, sino también de cimentación humanística que le permita superar las tijeras podadoras y entender el por qué de una herramienta o de una modalidad agrícola y rebelarse contra las normas ignaras de la rutina.

Ya existe una experiencia en lo que concierne a la protección de la infancia. A fin de disminuir la mortalidad infantil, se facilita la alimentación del recién nacido hasta los dos años de edad y con ese buen designio actúan las policlínicas públicas y privadas. Los niños del pueblo rivalizan en gordura o en hinchazón, mas, transcurridos los dos años se incorporan a la mísera condición adulta; al vapuleo del vicio, del hambre y de la endémica mugre, y aunque es importante fortalecer las defensas orgánicas del ser humano en los primeros años de su vida, no se puede cimentar todo un proceso vital sobre una base tan precaria.

No obstante, es útil atisbar el lóbrego panorama de nuestro analfabetismo, aunque sea uno de sus ángulos, y allí acentuar la importancia de la iniciativa del Supremo Gobierno y la esperanza de que no quede en el esbozo trágico del problema. Faltan escuelas, en especial, en las zonas apartadas de los grandes centros poblados, la mayoría de los planteles escolares se encuentran en pésimo estado; la miseria de una parte de la población, cuyos hijos deben ganarse el sustento desde los primeros años, impide la asistencia escolar; el Estado no protege en la medida que corresponde la enseñanza pública, fundamental para el desarrollo físico y espiritual del país.

La comprensión de tales elementos decisivos de juicio, hace bien relativos nuestros anhelos de superación democrática, ya que una masa de ignorantes debe, lógicamente, salir en cada elección a ofrecer en subasta sus votos, indispensables para el triunfo po-

lítico de la burguesía instruída. Y también vulnera las argumentaciones soberbias en contra del sufragio universal, porque si la educación no es igual para todos, nadie se atrevería, en conciencia, a establecerla como un indiscutible tamiz regulador. Guiados por este raciocinio, llegamos a la nítida conclusión de que los aportes del Estado son mal distribuídos, y que los abismos sociales de nuestro Continente entorpecen la coordinación de estos mismos aportes. Pero es interesante y promisorio que, al menos, hombres bien intencionados sacudan a la dormida opinión nacional y den algo de luz sobre un problema pavoroso, alentados por nuestras propias disposiciones constitucionales que otorgan a la educación la atención preferente de la República.